

## CINEMATOGRAFO

por ENRIQUE AMORIM

*(Diálogo opaco, con lugares comunes sobre cinematografía nacional.  
El Espectador nervioso y el confiado Productor)*

ESPECTADOR.—¿Cree usted que, a la par de hacer fortuna, realizan ustedes obra perdurable en algún sentido, para la formación de una Industria y de un Arte Cinematográfico argentinos?

PRODUCTOR.—Cuanto hacemos es el límite de lo posible. Nuestros medios no nos permiten más. Tratamos de satisfacer al público que nos va premiando.

ESPECTADOR.—No creo que estén muy seguros de las predilecciones nuestras. Aceptamos el cine nacional, porque nos lo presentan en español y disculpamos con largueza la falta de elementos. Casi no queremos advertirla, tal es el entusiasmo popular. Ante la descomunal propaganda del "bluff americano", nos ponemos de parte de los humildes... Pero hay quienes aseguran que con pocos medios suelen hacerse, en otras partes, películas extraordinarias, de gran contenido artístico o social. Jamás espectaculares, se sobreentiende... Y, me parece que a ustedes —seguros capitalistas e improvisados directores— podíamos reclamarles el film auténticamente argentino, sin reminiscencias, sin plagios.

PRODUCTOR.—¿Qué es eso de plagios? Nuestra producción dirigida por supuesto al gran público, responde ampliamente a las intenciones de recoger música y cantos del país.

ESPECTADOR.—Sí, pero en cada película nacional, es fácil señalar el mal calco, el detestable remedo. Mejor dicho, burdas intenciones e imitaciones de la "manera yanqui". Hasta el presente, no han buscado singularizarse. Pasa algo semejante con cierta litera-

tura de "pastiche", practicada con gracia de aficionados a las calcomanías... Está algo distante, por supuesto, el cine argentino de esa literatura "de pega", juego simpático del "snob". Se caracteriza por sus innumerables chabonadas técnicas, que el gran público no repara. Poca originalidad en los enfoques, en las tomas que, o son de Vidor o de Borzage o de Ford o de Sternberg!... Hábiles o inhábiles abusos. La visión argentina, no saben darla. Lo prueba fácilmente un hecho: el desolado paisaje pampeano, a tiro de cámara, no lo han podido captar nuestros directores, porque ignoran la receta. Los modelos extranjeros no saben de esas andanzas. Entre la tierra y el cielo del país, las cámaras desaparecen...

PRODUCTOR.—Si ese es el más serio reparo, estamos salvados. Ya se hará el buen director.

ESPECTADOR.—Quizás se demore su llegada, si no se les da oportunidades. Un buen director puede desaparecer, dejar de existir ante el argumento anodino, ante el tema falso o algo peor, de mal origen teatral. Observe que los grandes temas de los americanos, de los franceses, sobre todo, salen de plumas diestras —narradores, cronistas, novelistas—. Algunos éxitos del teatro, pero... ¡de qué teatro! Nuestro hartazgo ante las voces extranjeras y el cansancio de la lectura de títulos sin substancia, nos lleva a aprobar casi todo lo nacional. Pero esto no quiere decir que lo aceptemos con aplauso. Y hasta nos resignamos a ver ciertos films, no como películas, sino como pretextos para oír a tal o cual tanguera o a uno de esos cantores de "aterciopelada voz"... En el resto, no nos fijamos. Nos produce admiración alguna fotografía bien lograda que nada tiene que ver con el cine y mucho, con la linterna mágica... Los argumentos jamás se pueden relatar a la hora de la mesa, al volver a casa...

PRODUCTOR.—No es posible hacerlo todo de una vez. Hay que tener paciencia. Cuando se afirme la Industria, dejaremos paso al Arte Cinematográfico...

ESPECTADOR.—Adivino el sentido de esas palabras. Creo que en su medio, se llama "artística", a toda película que no da dinero. A esa serie de fotografías que tampoco aprobamos nosotros. Las aceptamos como un síntoma, nada más. Tales intenciones, conducirán a la cámara hasta las proximidades del paisaje de la tierra argentina y, de regreso, se toparán con el alma del país, la que

no sospechan siquiera. Puede ser que infeccionen la tierra con malevitos o tanguistas inevitables, pero los convertirá el paisaje, a la postre.

PRODUCTOR.—Nuestro afán es satisfacer al que paga sin protestas. Además, la crítica en general, nos ayuda.

ESPECTADOR.—Les cayó al principio. Después, se ha mostrado “patrióticamente” tolerante. Tolerancia que es sospechosa, porque los grandes avisos levantan sus muros impenetrables. Conviene inyectar optimismo, pero no fomentar malas orientaciones.

PRODUCTOR.—Salvo una que otra voz de flauta, la crítica nos alienta...

ESPECTADOR.—De flauta y de pitos!... Pues ustedes olvidan fácilmente esas carcajadas repentinas, encendidas en mitad del diálogo patético o sentimental. ¿Qué hace un buen actor, con palabras tontas? ¿Y un director con situaciones absurdas, sin ingenio? Muy a menudo se olvidan los murmullos de reprobación frente al chiste procaz, de *Melgarejo*, por ejemplo.

PRODUCTOR.—Usted no es del público... Debe pertenecer a algún instituto, o es un resentido...

ESPECTADOR.—Yo soy ese que intenta dormir con el cine nacional y aun no lo ha conseguido, como ante más de una pamplina yanqui. No alcanzo esa perfección, porque soy el espectador vigilante, buen porteño que ve adelantar a la Industria y perder terreno al Arte Cinematográfico de auténtica expresión criolla. Les falta ojos para ver la vida nacional desde el ángulo argentino, al través del lente argentino.

PRODUCTOR.—¿Quiere usted algo más porteño que *Mateo*?

ESPECTADOR.—¿Porteño?... Lo dudo. El bajo fondo de Berlín o Viena tiene ese color, y está presente en el film más que en la vida lamentable de un cochero de Buenos Aires. Si se entrase de golpe en la sala, nadie diría: “Esto pasa en Buenos Aires”. Y observe usted que no estamos tan distantes de aquellas “victorias de plaza” como para hallar poesía en la evocación... Ni tan latente el tema del desplazamiento de ese vehículo, como para apasionarnos. En el teatro sí, fué oportuno. Además, pasa sin conflictos. Apunte también que en la Capital no hay más de diez coches de la marca que alardea el enamorado galán. Ni una casa de soltero, tan despampante. Contrastes violentos, ilógicos. Luego, carece de verdad por-

teña. Es un remedo. Deja de ser un film argentino, a pesar de las excelentes actuaciones de Gola, Arata, Discépolo. Excelentes, ¿me oye?

PRODUCTOR.—Pero, en resumen, ¿le gustó el film?

ESPECTADOR.—No es de mi predilección. Las cámaras andan seguras con Daniel Tinayre al lado. Se fatigan, eso sí, en esa atmósfera asfixiante. Eso no es Buenos Aires. Si se quiere conquistar mercados, hay que separarse de los cánones extraños. Si usted lee (en una aburrida tarde de domingo) busque alguna novela argentina alumbrada con las luces del citado film. Las hay por ahí... Estoy seguro de que al cabo de leer algunas líneas, pensará en las magistrales páginas de la novelística alemana o francesa y preferirá una producción auténtica a una imitada. Pues lo mismo nos pasa con ese tipo de película. No sé la receta de lo auténtico, pero no está lejos de estos dos factores: la luz y el movimiento.

PRODUCTOR.—Y, del film *Fuera de la ley*, ¿qué opina?

ESPECTADOR.—Su director, Manuel Romero, no va mal rumbo, es diestro, de los más hábiles. Como argumentista, en esa película es menos brillante y sin gran inventiva. Solamente que se haya propuesto desacreditar los reformatorios y fomentar la pena de muerte...

PRODUCTOR.—¿Qué filmaría usted?

ESPECTADOR.—Pocas cosas de teatro, contadísimas novelas —las de abundante folklore— y pediría a gente responsable —cuya firma en el cartel podría cotizarse— argumentos y temas. Mientras los señores productores no adquieran el hábito de la lectura, no será posible descubrir el estupendo cine argentino que se ve, desgraciadamente, desde la pantalla... Tal vez de atrás del "écran", donde nos sentamos algunos insomnes y confiados a ver trabajar, y perder el tiempo, a tanta gente capaz de grandes realizaciones.

Y *Productor* y *Espectador* se citaron para el próximo estreno, que era *La fuga*, una película de Luis Saslawsky. El *Productor* no estaba muy seguro de su juicio. Reclamaba una opinión sincera y aguardó, en el hall de la sala del Monumental, al *Espectador*.

PRODUCTOR.—Y, de esto, ¿qué se puede decir?

ESPECTADOR.—Acabamos de ver un *film* de gran significación. Si adolce de defectos técnicos, abunda en minuciosas enseñanzas. Las inventivas del director tienen en todo momento un sentido tan

agudo de la cinematografía argentina, que hace de *La fuga* una película *señuelo*. No nos llenemos la boca diciendo que marca rumbos. Se pueden disgustar —y con razón— los restantes directores. Es difícil marcar rumbos en el cinema. Pero, resulta significativo descubrir a un director capaz de penetrar en ciertos ambientes argentinos y rodearlos de una atmósfera peculiar. Todo lo que circunda a los protagonistas de la escuela rural tiene calidad fotográfica, valor artístico, *sentido* y *alma* argentinos. La directora de la escuela es uno de los primeros arquetipos nacionales que el cinematógrafo ha puesto en evidencia. La comicidad en el aula; las alcobas de los moradores de aquella casa, los alledaños y el aire, en suma, que se respira, no sólo hacen agradable y simpático ese final de *La fuga*, también demuestran una captación de los valores fotográficos y cinematográficos del cine argentino. Hay la valorización del muro de ladrillos, del árbol, de la parva, de los animales... Profundizar en esos aspectos es lo que debe hacer Luis Saslawsky, entrar más aún en esa materia, tan acertadamente expuesta por sus cámaras...

PRODUCTOR.—No sé si Vd. sabe lo caros y difíciles que son los *exteriores*.

ESPECTADOR.—No tengo nada que ver con su presupuesto. Se respira en las películas de ese tono y el público está ávido de gozarlas. Por mi parte le diré que el más simple diálogo formulado en tal clima, me produce una sencilla y pura emoción estética...

PRODUCTOR.—Esas son sus preferencias... ¿Cree Vd. que interesará *La fuga* en el resto de América?

ESPECTADOR.—¡Seguramente! Y, observe de paso, cómo el público se manifestó sensible a las gentes alejadas de la metrópolis. La destreza técnica del director enfrentó dos ambientes con riqueza de contraste. La poesía del campo dominó al público. De ahí un tema hermoso para cine: campo y ciudad, frente a frente...

PRODUCTOR.—Hay quienes encuentran desigual la película...

ESPECTADOR.—Resulta fácil demostrar sus tonos desparejos, lugares comunes, cuando no se quiere analizar intenciones, normas, gustos. Esas irregularidades las señala un colegial. El caso es desentrañar el sentido de esta película, en el crecimiento de los valores que harán artístico y perdurable el arte cinematográfico del país. No quiero hablar de actores y actrices. Aparecen, a ratos, como si

hubiese mediado largo tiempo entre unas y otras escenas. Pero hay seguridad en muchos de ellos y más de un descubrimiento...

PRODUCTOR.—En resumidas cuentas...

ESPECTADOR.—Una película que abre la primera *picada* por donde puede encaminarse la voraz *Industria*, de la mano del incipiente "séptimo arte" argentino. El espíritu prolijo y seguro que domina en *La fuga*, no es nada improbable que sea emulado.